



**Asamblea General**  
**Consejo de Seguridad**

Distr.  
GENERAL

A/38/459

S/16017

30 septiembre 1983

ESPAÑOL

ORIGINAL: RUSO

ASAMBLEA GENERAL

Trigésimo octavo período de sesiones

Temas 62 y 66 del programa

DESARME GENERAL Y COMPLETO

EXAMEN DE LA APLICACION DE LA DECLARACION

SOBRE EL FORTALECIMIENTO DE LA SEGURIDAD

INTERNACIONAL

CONSEJO DE SEGURIDAD

Trigésimo octavo año

Carta de fecha 29 de septiembre de 1983 dirigida al Secretario General  
por el Representante Permanente de la Unión de Repúblicas Socialistas  
Soviéticas ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de transmitir a V.E. el texto de la declaración formulada el 28 de septiembre de 1983 por el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, Y.V. Andropov.

Le agradeceré, Señor Secretario General, que haga distribuir el texto de esta declaración como documento oficial de la Asamblea General, en relación con los temas 62 y 66 del programa, y del Consejo de Seguridad.

(Firmado) O. TROYANOVSKY

Representante Permanente  
de la Unión de Repúblicas  
Socialistas Soviéticas

Anexo

Declaración del Secretario General del Comité Central del  
Partido Comunista de la Unión Soviética y Presidente del  
Presidium del Soviet Supremo de la URSS, Y.V. Andropov

Los dirigentes soviéticos consideran necesario dar a conocer al pueblo soviético, a otros pueblos y a los responsables de la formulación de la política de los Estados su parecer sobre el rumbo tomado en las relaciones internacionales por el actual Gobierno de los Estados Unidos.

Para ser breves, se trata de un rumbo militarista que plantea una grave amenaza a la paz. Esencialmente consiste en procurar y garantizar a los Estados Unidos posiciones de dominio en el mundo, sin tener en cuenta los intereses de otros Estados y pueblos.

Precisamente estos objetivos se ven favorecidos por el aumento sin precedentes del poderío militar de los Estados Unidos, los programas en gran escala de fabricación de armamentos de todo tipo, nucleares, químicos y convencionales. Ahora, proyectan ampliar su ilimitada carrera de armamentos también al espacio ultraterrestre.

Con la invención de pretextos de todo tipo, se amplía la presencia militar americana hasta millares de kilómetros de distancia del territorio de los Estados Unidos. Se establecen bases para la intervención armada directa en los asuntos de otros Estados, y para la utilización de armas americanas contra cualquier país que rechace el dictado de Washington. Como resultado de ello, ha aumentado la tirantez en todo el mundo: en Europa, Asia, Africa, en el Oriente Medio y en América Central.

Otros países de la OTAN participan cada vez más en la aplicación de estos peligrosos planes de Washington. Además, se hace todo lo posible para resucitar el militarismo japonés e incluir a ese país en la maquinaria político-militar del bloque. Al hacerlo, se intenta obligar a los pueblos a que olviden las lecciones del pasado.

Los pueblos juzgan acerca de la política de un Gobierno determinado sobre todo por sus acciones. Por ello, cuando el Presidente de los Estados Unidos, grandilocuentemente declara desde la tribuna de las Naciones Unidas su compromiso con la causa de la paz, la libre determinación y la soberanía de los pueblos, no hace sino pronunciar simples palabras que a nadie pueden convencer.

Si alguien concibió alguna ilusión con respecto a una posible evolución positiva de la política del actual Gobierno americano, los últimos acontecimientos la han disipado. En aras a sus ambiciones imperialistas, se empieza a dudar de la posibilidad de poner un freno a Washington para impedirle que exceda el límite ante el que se detendría cualquier persona sensata.

La complicada provocación, manipulada por los servicios especiales de los Estados Unidos con la utilización del avión de Corea del Sur, constituye también un ejemplo de aventura y de extrema improvisación política. Hemos aclarado el aspecto objetivo de esa medida, de manera auténtica y completa. La culpa de sus organizadores, independientemente de hasta qué punto puedan eludirla y de las falsas versiones que presenten, ha quedado demostrada.

El Gobierno soviético manifestó su pesar por la pérdida de vidas humanas debida a esa subversión sin precedentes, criminal. Pesa sobre la conciencia de todos aquellos que desearían asumir el derecho de atentar contra la soberanía de los Estados y la inviolabilidad de sus fronteras, que manipularon y realizaron la provocación y que literalmente al día siguiente se apresuraron a presentar al Congreso proyectos enormes de gastos militares y que ahora se frotan las manos satisfechos.

Por lo tanto, el "humanismo" de los hombres de Estado que están tratando de culpar a otros de las muertes de las personas que viajaban en el avión está convirtiéndose en nuevos montones de armamentos de destrucción masiva; desde misiles MX a recipientes de gases neurotóxicos.

En su lucha para justificar de alguna forma sus políticas peligrosas e inhumanas, las mismas personas acumulan calumnias contra la Unión Soviética, el socialismo como sistema social y el Presidente de los Estados Unidos marca el tono. Se podría decir contundentemente que los dirigentes de un país como los Estados Unidos ofrecen un desagradable espectáculo cuando, con el propósito de mancillar al pueblo soviético, recurren a lo que casi se podría calificar de obscenidad, alternándolo con hipócritas invocaciones a la moral y el humanismo.

El mundo conoce bien el valor de estas reflexiones morales. En Viet Nam, la moralidad, tal como la entienden los dirigentes de Washington, se introdujo con el napalm y productos tóxicos. En el Líbano, resuena en las salvas de los cañones navales, y en El Salvador, esta moralidad se impone con el genocidio. Además esta lista de crímenes podría continuarse y por lo tanto, también nosotros tenemos algo que decir sobre el aspecto moral de la política de los Estados Unidos: lo haremos recordando la historia y hablando acerca del momento actual.

Ahora en Washington además de la moral atropellan también las normas elementales de decencia, haciendo gala de su falta de respeto, no sólo a los dirigentes de los Estados y a los Estados, sino también a las Naciones Unidas. Cabe hacerse en general la pregunta, ¿puede una organización internacional llamada a preservar la paz y la seguridad tener su sede en un país en que se inculca una desenfundada psicosis militarista y se ofende el buen nombre de dicha organización?

Bajo el pretexto del anticomunismo, los pretendientes al papel de amos de los destinos del mundo se esfuerzan por inculcar en todo el mundo un orden que les favorezca y en el cual no encuentren oposición.

Los conceptos sobre los que se intenta fundamentar dicho tipo de acción no serían de por sí dignos de atención si no fuera por el hecho de que son propugnados por los dirigentes de una gran Potencia y no simplemente se predicán con palabras, sino que se ponen verdaderamente en práctica.

El traslado de las controversias ideológicas a la esfera de las relaciones internacionales nunca ha redundado en beneficio de quienes han recurrido a tales medios en sus relaciones externas. Ahora, en la era nuclear, esto es simplemente absurdo e inadmisibile. La transformación de una confrontación de ideas en confrontación militar resultaría demasiado costosa para toda la humanidad.

Pero quienes están cegados por el anticomunismo aparentemente no están en condiciones de reflexionar sobre estos aspectos. Habiendo comenzado con el espantajo de la "amenaza militar soviética", ahora han llegado a proclamar una "cruzada" contra el socialismo como sistema social. Se trata de infundir a las personas la noción de que en general no hay lugar para el socialismo en el mundo. La verdad es que no quieren confesar del todo que se trata de un mundo tal como lo desearía Washington.

Pero del dicho al hecho hay largo trecho. A nadie está dado, invertir el rumbo de la historia. La URSS y los demás países socialistas seguirán viviendo y desarrollándose conforme a su propia ley, la ley del sistema socialista de avanzada.

Tras seis decenios y medio de existencia, el Estado soviético ha superado con éxito muchas pruebas, incluidas pruebas rigurosas. Quienes atentaron contra la integridad de nuestro Estado, contra su independencia y contra nuestro sistema han ido a parar al basurero de la historia. Sería hora que comprendiesen todos a quienes concierna que sabremos garantizar la seguridad de nuestro país y la seguridad de nuestros amigos y aliados en cualesquiera condiciones.

El pueblo soviético puede vivir confiado; la capacidad de defensa de nuestro país se encuentra en un nivel tal que para nadie sería aconsejable hacer una prueba de fuerza.

Por nuestra parte, no buscamos hacer semejante prueba de fuerza. La sola idea de ello nos es ajena. No hacemos distinción alguno entre la felicidad de nuestro pueblo y la seguridad del Estado soviético y además no contraponemos la felicidad y la seguridad de otros pueblos y de otros países. En la era nuclear no se puede mirar al mundo teniendo en cuenta intereses estrechos y egoístas. Los dirigentes responsables de los Estados no tienen más que una opción, hacer todo lo posible para impedir una catástrofe nuclear. Cualquier otra posición es miope y, aún más, suicida.

Los dirigentes soviéticos no se plantean la cuestión de decidir qué orientación deben seguir en las relaciones internacionales, incluida la grave situación actual. Nuestro rumbo apunta sobre todo a preservar y fortalecer la paz, a la distensión de la tirantez, a contener la carrera de armamentos y a ampliar y profundizar la cooperación entre los Estados. Esta es la invariable voluntad del Partido Comunista de la Unión Soviética y de todo el pueblo soviético. Estamos convencidos que éstas son también las aspiraciones de todos los pueblos.

Naturalmente, los ruines ataques contra la Unión Soviética suscitan en nosotros un sentimiento natural de indignación, pero tenemos los nervios firmes y no basamos nuestra política en las emociones. Se basa en un pensamiento sensato, conforme a la realidad y con profunda responsabilidad por el destino del mundo.

Partimos de la base de que la humanidad no está condenada a la ruina. Debe y puede ponerse fin a la carrera de armamentos. La humanidad merece mejor suerte que vivir en un mundo desgarrado por conflictos y sofocada bajo el peso de armas mortíferas.

Al propugnar propuestas de mayor alcance relativas a la limitación y reducción de los armamentos nucleares, tanto estratégicos como de medio alcance en Europa, nos inquieta no sólo la seguridad de la URSS y de los Estados de la comunidad socialista, sino también la seguridad de todos los demás Estados.

En lo que concierne a la política de los Estados Unidos, su militarización en constante crecimiento se manifiesta también en la falta de voluntad de efectuar cualquier tipo de negociación seria y de llegar a acuerdos sobre la manera de contener la carrera de armamentos.

Las conversaciones soviético-norteamericanas sobre el problema candente - la reducción de los armamentos nucleares en Europa - se celebran ya desde hace dos años. La posición de la parte soviética tiene como objetivo encontrar soluciones mutuamente aceptables en condiciones justas y equitativas, que no menoscaben los intereses legítimos de nadie. Al mismo tiempo, en estos dos años ha resultado evidente que nuestros interlocutores en las conversaciones de Ginebra no asisten en modo alguno a ellas para llegar a un acuerdo. Su labor es diferente: ganar tiempo y empezar después a desplegar en Europa occidental los proyectiles balísticos Pershing 2 y los misiles de gran alcance. Ni siquiera tratan de ocultar esto.

Todo lo que hacen es ocultarse tras argumentos sobre una supuesta flexibilidad de los Estados Unidos en las conversaciones de Ginebra. Otra parte de esa "flexibilidad" acaba de materializarse. Y ha resultado evidente el engaño que contiene. Dejando a un lado los detalles, la esencia del llamado nuevo movimiento de la posición norteamericana, que se presenta como "excelente", se reduce a la propuesta de acordar, como antes, cuántos proyectiles nucleares soviéticos de mediano alcance se deben reducir y cuántos nuevos proyectiles norteamericanos se deben desplegar en Europa, además del potencial nuclear que ya posee la OTAN.

En pocas palabras, se nos propone que hablemos de la manera de ayudar al bloque de la OTAN a destruir para ventaja suya el equilibrio de los sistemas nucleares de mediano alcance en la zona europea. Y este es el movimiento que descaradamente se presenta como algo nuevo.

Desde la sala de controles de Washington la operación de establecer esos proyectiles nucleares norteamericanos en Europa se ve como algo muy sencillo y sumamente ventajoso para los Estados Unidos, ventajoso a expensas de Europa. Los aliados europeos de los Estados Unidos se consideran como rehenes. Esta es una política franca, pero cínica. Pero lo que no resulta realmente claro es lo siguiente: ¿Se le ocurre esta idea a las figuras políticas europeas que, desatendiendo los intereses de sus pueblos y los intereses de la paz, contribuyen a ejecutar los ambiciosos planes militaristas del Gobierno norteamericano?

Aquí no debe haber lugar para reticencias. Si, contrariamente a la voluntad de la mayoría de la población de los países de Europa occidental, surgen proyectiles nucleares norteamericanos en el continente europeo, este será un paso, en principio, contrario a la paz dado por los líderes norteamericanos y por los líderes de otros países de la OTAN que actúan al unísono con ellos.

Sin embargo no vemos del lado norteamericano ningún deseo de ocuparse seriamente del problema de limitar y reducir los armamentos estratégicos. Ahora en la capital norteamericana se ocupan de otra cosa: comenzar la producción en masa de sistemas siempre nuevos de esos armamentos que pronto irán seguidos de tipos de armamentos que pueden modificar totalmente las nociones de estabilidad estratégica y la posibilidad misma de lograr una limitación y reducción efectiva de los armamentos nucleares.

Que nadie confunda con síntomas de debilidad la buena voluntad de la Unión Soviética y su deseo de llegar a un acuerdo. La Unión Soviética estará en condiciones de contestar adecuadamente cualquier tentativa de perturbar el equilibrio militar-estratégico existente y no habrá discrepancia alguna entre las palabras y los hechos.

Sin embargo, nos oponemos, por principio, a la competencia en la producción y acumulación de armamentos de aniquilamiento en masa. No es ese el camino que deseamos seguir, pues no puede conducir a la solución de ninguno de los problemas con que se enfrenta la humanidad; es decir, el desarrollo económico de los Estados, la conservación del medio ambiente, la creación de condiciones elementales mínimas para la vida de la gente, su alimentación, su salud y su educación.

La liberación de recursos materiales, imprudentemente malgastados en la carrera de armamentos y el desarrollo de las inagotables potencialidades creativas del hombre pueden unir a la gente. Esos son los objetivos que deben determinar la política de los Estados en el umbral que separa el siglo XX del XXI. Para lograrlos, es necesario poner coto a las fuerzas del militarismo e impedir, mediante esfuerzos concertados, que el mundo se deslice hacia un abismo.

Todos los pueblos, todos los habitantes de nuestro planeta, deben percatarse de que existe un peligro inminente, a fin de mancomunar esfuerzos en la lucha por su propia supervivencia.

La humanidad no ha perdido la razón ni puede perderla. Esto se manifiesta con gran vigor en el alcance del movimiento de oposición a los proyectiles nucleares y a la guerra que se ha organizado en Europa y en otros continentes, que atrae a personas de distintos orígenes sociales, ideas políticas y creencias religiosas.

Quienes hoy alzan la voz contra la insensata carrera de armamentos y en defensa de la paz pueden estar seguros de que la política de la Unión Soviética y de otros países socialistas tiene, precisamente, por objeto la consecución de esos fines. La URSS desea vivir en paz con todos los países, incluso los Estados Unidos. La URSS no prepara planes de agresión, no impone la carrera de armamentos a nadie, ni impone a nadie su organización social.

Nuestras aspiraciones y esfuerzos se reflejan en propuestas concretas destinadas a mejorar decisivamente la situación mundial. La Unión Soviética continuará la cooperación internacional para mantener la paz sobre la Tierra.